

A romantic scene between a man and a woman in plaid shirts, with a rural landscape in the background. The woman is on the left, wearing a red and black plaid shirt with white fringe on the shoulders. The man is on the right, wearing a blue, red, and white plaid shirt. They are looking at each other closely. The background shows a sunset or sunrise over a mountain range, with a large wooden barn and a smaller cabin in the foreground, surrounded by a field of blue flowers.

APOSTANDO EL
Corazón

HELENA PINÉN

Tanner Montgomery se ha dedicado a su rancho y a la familia en cuerpo y alma. Pero ahora puede perder la custodia de su hija y la única persona que puede evitarlo es Rebeccah.

Rebecca Lennox se había mudado a Blue Valley hacía un tiempo. Había huido de la gran ciudad para olvidar viejas heridas y dar esquinazo a sus hermanos sobreprotectores. Lo que no esperaba era encontrar con Tanner, a quien la unía una gran atracción... y una atrevida farsa.

¿Podrá Rebecca resistirse al encanto de Tanner y su familia? ¿Y él? ¿Podrá mantener alejado el corazón de Rebecca y sus fantasmas? ¿O se atreverá a apostar todo por ella cuando el mundo arda hasta sus cimientos?

Índice de contenido

Cubierta

Apostando el corazón

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para todos los que habéis creído en mí.

PRÓLOGO

Meses antes...

Rebeccah bajó del taxi tambaleándose. Fue un milagro que no cayera de bruces contra la acera y se hiciera una brecha en la frente. Pero ella ni pensó en eso. Se concentró en que los pies la llevaran en línea recta hasta la puerta del local donde su mejor amigo trabajaba desde que salió de la Universidad, donde había estudiado Bellas Artes.

Se volvió hacia el taxi cuando este arrancó y se alejó. Quiso gritarle al taxista; un hombre decente hubiese esperado a que la joven descocada llegase sana y salva al portal o donde fuera que fuese. No había sido el caso, si bien pudo controlarse a tiempo. Pese ir bebida, Rebeccah conocía bien sus límites.

Solo los había cruzado una vez, años atrás, cuando su padre murió y se emborrachó con sus hermanos. Entonces se tatuaron y Rebeccah terminó devolviendo hasta la primera papilla minutos después. Se había levantado destrozada física y anímicamente a la mañana siguiente. Desde entonces no probaba el alcohol y se desvivía por su trabajo.

Hasta ese día.

Acababa de enterrar a su madre. Y sus hermanos mayores, todos hombres, todos felizmente casados, en vez de invitarla a su casa para que pudiera apoyarse en ellos, empezaron a preguntarle por qué no tenía una pareja a la que acudir en esos momentos. Se había ido de allí para termi-

nar en un bar de mala muerte. Se había tomado dos chupitos y otros dos margaritas bien cargados. Había estado tentada de pedir una tercera ronda de todo, pero con una risita tonta había saltado del taburete y había caminado descalza hasta la parada de taxis más cercanas.

Si había sido igual de estúpida que cuando su padre falleció, bien podría repetir la mayor locura de su vida.

Golpeó la puerta del estudio y se apoyó en la jamba de la puerta con una sonrisa alcoholizada.

Había luz al otro lado, por lo que supuso que B.B estaba esperándola. Su mejor amigo la conocía desde siempre. Habían nacido con dos semanas de diferencia y como sus madres eran buenas amigas y vecinas, habían crecido queriéndose más como hermanos que como amigos. Si alguien la conocía mejor que ella misma, no eran sus hermanos, sino Big Brian. Por lo que era de suponer que su amigo había imaginado que su gran y nefasta noche terminaría en un salón de tatuajes.

¿Y cuál mejor que el suyo?

—Estás molesto, ¿eh? —se rio.

B.B había abierto la puerta y se había cruzado de brazos, demostrándole así que estaba muy disgustado.

Rebeccah no le tenía miedo. Aunque midiese dos metros de alto por otros dos de ancho y fuera puro músculo, a ella no le parecía peligroso. No lo era. Aunque atrajera muchas chicas porque veían en él el típico motero con cazadora de cuero y tatuajes por todo el cuerpo, ella sabía ver más allá. Conocía al hombre que había detrás de la leyenda.

—Nos has tenido muy preocupados, Reb.

Ella volvió a reírse, tan absurdo era lo que había dicho su amigo. Apartó a B.B de un manotazo y fue, dando trompicones y haciendo eses, hasta el sofá de piel que había en la pequeña sala de espera, junto al mostrador. Se estiró en él.

—Solo te has preocupado tú —y lo señaló con el índice—. Mis hermanos están... con sus mujercitas —un hipido.

B.B meneó la cabeza. Odiaba ver a su mejor amiga de aquella forma, pero comprendía que hubiera huido del funeral de su madre.

Sus hermanos mayores habían decidido enamorarse y casarse cuando su progenitor había muerto. Brian no creía que estuvieran realmente contentos con sus vidas. Se habían forzado a iniciar relaciones para no quedarse solos como su madre; ellos mismos lo admitían. Los consideraba unos cobardes. Pero Rebeccah había preferido volcarse en el cuerpo de policía y esperar a que el amor llegase cuando tuviera que llegar. Y ahora se encontraba sola, sin padres, rodeada de hermanos que creían que solo sería feliz con un hombre a su lado. Se sentía sola, incomprendida.

Sin embargo, él sí lo hacía.

Suspiró y la levantó en brazos como si fuera una muñeca.

Apeataba a tabaco y a alcohol. La llevó a la sala de descanso privada de los tatuadores que trabajaban con él en el estudio. Ella ronroneó cuando la tumbó en el sofá-cama, que Brian había desplegado horas atrás, cuando vio que Reb había desaparecido y supuso que estaba en cualquier bar antes de visitarlo.

—Tienes que descansar, Reb.

—Quiero tatuarme —susurró ella con un tono tan infantil, que B.B tuvo que hacer un gran esfuerzo por no sonreír. Estaba tan graciosa con esa sonrisa bobalicona y esa voz melosa...

—Buscaré un diseño que le haga justicia a tu madre —le prometió, tapándola con una manta—. Ahora, ¿por qué no duermes?

Ella hipó y sonrió antes de arrebujarse en la manta y cerrar los ojos, dispuesta a obedecer como una niña pequeña. Su respiración pronto se acompasó y su rostro se relajó, dulcificando sus facciones.

Volvía a ser su Rebeccah, pensó Brian.

B.B se inclinó y le dio un suave beso en los labios cerrados, aunque le llegó el regusto de un margarita amargo. Suspiró al apartarse. Amar desde la distancia siempre era doloroso, pero verla tan sola y abandonada lo destrozaba por dentro.

Fue a su estudio y puso música a un volumen que no la despertaría.

Diseñó un tatuaje discreto. Algo que la madre de Reb no vería bien, pues odiaba los tatuajes con toda su alma, pero que fingiría que no estaba ahí, de lo pequeño que era. Decidió que tenía que ser un dibujo que representase todo lo que Julianne Lennox había sido y vivido hasta el final, cuando la enfermedad la venció por completo. Lo pintó de color rosa.

Lo observó, satisfecho. Era sencillo, para nada su estilo, pero bonito y cargado de significado y emociones.

El sol despuntaba cuando Rebeccah abrió los ojos y lo encontró sentado en el sofá que quedaba justo delante. Se incorporó sobre un codo, el pelo cayendo en cascada sobre su cara. Se lo apartó con un gruñido.

—¿Resaca?

—Merecería estar peor —admitió mientras se sentaba con lentitud. Bufó al darse cuenta de lo arrugada que estaba la ropa. No quiso ni pensar en cómo luciría el discreto maquillaje que se había aplicado para el entierro—. No te he dejado dormir, ¿verdad? Lo siento... —Y volvió a bufar por la nariz.

—Toma, bebe esto.

Rebeccah aceptó el zumo de naranja y se tomó las dos aspirinas de un trago.

B.B sonrió, satisfecho, y le tendió un papel.

—Oh, Dios... lo has encontrado. El diseño perfecto —susurró.

—Ajá.

A Rebeccah le temblaron las manos cuando vio el lazo rosa que simbolizaba la lucha contra el cáncer de mama. Su

madre había trabajado en diversas organizaciones para recaudar fondos contra el cáncer. Luego, ese mismo monstruo que ella tanto detestaba la había devorado hasta despojarla de la vida.

Levantó la cabeza y vio a su mejor amigo borroso por las lágrimas. Escuchó cómo Brian le explicaba que había pensado hacerlo en la parte baja del esternón, por debajo de los pechos.

—Es cómo un lazo decorativo de un sujetador —le explicó él, un poco sonrojado, aunque Reb lo pasó por alto—. Solo se vería cuando estuvieras desnuda. Es discreto, femenino. Creo que encaja con tu madre y también contigo.

—No tienes que convencerme, B.B. Me encanta —le aseguró con un murmullo.

Rebeccah volvió a mirar el minúsculo tatuaje. No le preocupaba el tamaño, tampoco el dolor. Llevaba en el muslo derecho una gran ancla de color azul marino, en memoria de su padre, un buen marine que había muerto en un accidente cuando aprovechaba unos días de permiso para estar en su velero. Podía hacerse aquel precioso y diminuto dibujo en el busto por su madre, por supuesto.

Intentó sonreír cuando se puso de pie. No sabía si le temblaban las piernas por los recuerdos de Julianne en sus últimos días, por la resaca o porque estaba agotada. B.B la sostuvo.

—Va a doler.

—¿Y qué más da? Hagámoslo, Brian.

CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte... Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer ma-labarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Tanner Montgomery encendió la cafetera y puso el pan de molde en la tostadora. A sus hermanos y a él les gustaba el café frío, cuánto antes lo sirviera mejor. Y sus hijos acostumbraban a tomar un par de tostadas con el tazón leche y el vaso de zumo, que empezó a preparar exprimien-do un par de naranjas.

Desde la muerte de su hermana, los tres hermanos habían acordado desayunar siempre juntos. Se turnaban. A veces lo hacían en casa del menor, Nicholas. Otras, en casa de Remington; este último había decidido no dedicarse al rancho familiar y se había hecho policía, por lo que ofrecía su casa sobre todo cuando no tenía guardias nocturnas.

Nicholas había estado la tarde anterior operando a un potrillo, pero la cosa se había complicado y se le había hecho de noche hasta las tantas de la madrugada. Era veteri-

nario y trabajaba por y para el criador de caballos de la familia. Era el pequeño pero Tanner a veces lo consideraba el mayor de todos: era el más lúcido de todos ellos.

Remington llevaba bastantes semanas sin trabajar de noche. Su esposa había dado a luz el pasado Acción de Gracias y en comisaría le habían puesto facilidades para que pudiera echar una mano en casa, al menos las primeras semanas, cuando las noches eran más largas.

Miró al techo con una sonrisa al escuchar las carreras de sus hijos en el piso superior. Se habían despertado cinco minutos antes de lo previsto. Era el último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad, estaban excitados por ello.

Santa Claus pronto llenaría sus calcetines de regalos, también el árbol adornado junto a la chimenea.

Dejó las tostadas en un plato, los zumos en vasos y el café servido en cuatro tazas, para subir a vestir y peinar a sus dos diablillos. Pero cuando llegó al dormitorio que sus hijos compartían, se apoyó en el marco de la puerta y observó, divertido, como Irina y Roth saltaban sobre las camas, gritando que ya era Navidad.

Roth no era su hijo, aunque lo quería como si realmente lo fuera. Brenda había decidido ser madre soltera. Pero luego había muerto y Tanner había aceptar adoptar a su sobrino.

Sus ojos se clavaron en Irina. Su hija había sido fruto de su primer y único matrimonio. Cada día que pasaba veía más rasgos de su madre en ella, pero también de los suyos.

No obstante, Carina quería ver más a Irina. Ella, que solamente la quería a su lado un par de días al año, la quería en su casa durante seis meses. ¿Y todo por qué? Porque se había ido a vivir con un hombre que ya tenía tres hijos de otra relación y quería demostrarle que sabía ser una buena madre, porque quería que los trillizos de cuatro añitos tuvieran una hermana mayor.

No iba a permitir que la mujer más egoísta del mundo cuidase a su hija durante tanto tiempo.

La lengua envenenada de Carina volvería a Irina en su contra y no quería perderla solo porque su mujer quisiera fingir ser la madre del año. Jamás lo sería. Era caprichosa, materialista, mentirosa. Tenía más defectos que virtudes... Aún no sabía cómo había podido enamorarse de ella.

Su abogado ya estaba trabajando en ello, aunque admitía que siendo padre soltero, lo tenía crudo. Los jueces no querían separar a las madres de sus hijos. Y sin una figura materna que guiase a Irina mientras estaba en Blue Valley... la cosa no pintaba bien.

Había conseguido que la negociación se alargase y que, como medida cautelar, Irina no se marchase con su madre a pasar la Navidad. Temía que no la devolviera al rancho a tiempo.

Pero ahora todo dependía de un juez.

Se obligó a no pensar en ello.

—Vais a despertar a Cameron.

La pared del dormitorio de sus hijos comunicaba directamente con el dormitorio principal de Remington. Hasta que el bebé no fuera más grande, la cuna estaba junto la cama de matrimonio. Si hacían mucho ruido, el pequeño pronto se enteraría.

Sus hijos se volvieron hacia él con un chillido y Roth le respondió, sin dejar de saltar:

—Cameron lleva rato llorando. ¿No lo odes? —Resopló cómo solía hacerlo su madre—. Él nos ha despertado.

Tanner se obligó a mantenerse serio. Su sobrino tenía unos pulmones increíbles y era capaz de berrear hasta altas horas de la noche. Él mismo lo oía algunas madrugadas, aunque dudaba que el niño estuviera llorando en esos momentos. Hacía rato que en la casa de Remington reinaba el silencio.

Pero fingió que no pasaba nada y se acercó hasta sus hijos para cogerlos en brazos.

—¡Papá! —rio Irina.

—A vestirse y a desayunar... ¡Hoy es el último día!

—¡No queremos ir al colegio! —siguió Irina—. ¡Queremos empezar hoy nuestras vacaciones de Navidad!

—¡Eso! —chilló Roth, pataleando.

Vestirlos y peinarlos fue un trabajo complicado pero muy divertido, él lo disfrutaba.

A veces Tanner desearía tener a alguien a su lado para que lo ayudase, porque él solo no podía controlar a dos niños tan traviosos, pero se los apañaba bien. Trabajar en el rancho le permitía dedicarle tiempo a sus hijos y esos momentos por las mañanas era su pedacito de gloria.

Amaba su vida, su rutina, por más que otros la considerasen insulsa o compleja. No quería ni pensar qué ocurriría si le quitaban esos momentos.

Cuando bajó a la cocina, después de hacer las camas y recoger la sopa sucia, sus hijos ya estaban sentados en sus sillas. Roth estaba aprendiendo a untar la mantequilla con un cuchillo redondo, sin punta; Irina había descubierto que el zumo estaba más rico sin azúcar.

Sonrió ante la escena, hasta que la notó a ella.

La colonia floral a la que se había acostumbrado desde que sus cosas llegaron desde Boston en grandes cajas, llegó hasta su nariz y lo hizo volverse hacia su cuñada.

Amanda Montgomery Jefferson estaba entrando en la cocina, cargada con una tarta, que sin duda era casera.

—Buenos días. —Su sonrisa era tan radiante que Tanner entendía que su hermano estuviera enamorado de ella—. Esto es para ti.

—Tiene una pinta estupenda, Amanda. —Besó su mejilla mientras aceptaba el molde.

Observó cómo su cuñada saludaba a sus sobrinos. La adoraban, toda la familia lo hacía.

Aunque los adultos iban más allá en su adoración: la admiraban.